

Las aeróbicas

(Delirio otoñal)

Maxi Rodríguez

Personajes

Margarita, 78 años

Mari Paz, 73 años

Mariví, 71 años

Franki, un macizo sin edad

*A mis abuelas, que estarán viendo el mar*

Uno

Dos abuelas septuagenarias sobre dos bicicletas es.táticas.

Margarita. - Hidratos de carbono.

Mari Paz. - ¿Pero eso se come?

Margarita. - Fundamental.

Mari Paz. - Pues, hija, no sé...

Margarita. - Pasta o arroz, ¿entiendes?

Mari Paz. - Ah.

Margarita. - Y acompañarlos de proteínas, ¿vale?

Mari Paz. - ¿De qué?

Margarita. - Proteínas, Mari Paz, que parece que estás atontada.

Mari Paz. - ¿Cómo quieres que esté? (Suspira.) ¡Ay Dios mío, si es que da gusto oírte hablar! (Pau.sa.)

Te echaré tanto de menos...

Margarita. - Deja de dramatizar. Las proteínas, ¿sabes dónde están?

*Pausa. Mari Paz, ensimismada, masculla algo ininteligible y luego, distraída, vuelve a mirar a su compañera.*

Mari Paz. - ¿Las qué?

Margarita. - ¿Qué coño haces?

Mari Paz. - Rezo a Santa Rita.

Margarita. - Haz el favor...

Mari Paz. - Eso digo yo: ¡piénsatelo bien!

Margarita. - Ya está pensado y requetepensado, ¿comprendes? Sólo espero que te alimentes debidamente y sepas gastarte mi dinero.

Mari Paz. - Tu dinero. Tú lo has dicho: tu dinero. Yo...

Margarita. - No seas tonta, ya no lo voy a necesi.tar. Qué asco de hijos, qué asco de vida...

Mari Paz. - Pero... los hijos cambian, la vida cam.bia...

Margarita. - Pollo a la plancha.

Mari Paz. - ¿Qué?

Margarita. - Ahí están las proteínas, ¿compre.n.des?, el pollo te sentará bien...

Mari Paz. - ¡Ay Dios, ay Santa Rita! (Solloza.) ¿Y las grasas?

Margarita. - Imprescindibles, pero sin abusar, eh.

Mari Paz. - (Incapaz de reprimirse por más tiempo, rompe a llorar estruendosamente.) ¡Ay Dios, con lo lista que eres!, ¡Ay con lo que sabes...! ¡Ay Virgen, con lo que tú sabes, Margarita...!

Margarita. - ¡Chissst!, ¿te quieres callar?

Mari Paz. - (Entre lágrimas.) ¡Ay, no lo puedo reme.diar!

Margarita. - ¡Pedalea y calla!, nada de escándalos, ¿vale? Me lo has prometido.

Mari Paz. - (Gimotea.) ¡Ay no puedo, no puedo!

Margarita. - ¿Qué?

Mari Paz. - (Lloviendo kleenex.) ¡No puedo, tengo que parar!

Margarita. - (Amenazante.) ¡Quieta ahí, que te quito el dinero, eh!

Mari Paz. - Es igual. (Se frena de golpe.) No lo podré soportar.

*Margarita, resuelta y muy irritada, se apea de su bici, abraza a Mari Paz y mirándole fijamente a los ojos le habla con severidad.*

Margarita. - Está bien. ¿Te vienes conmigo?

*Mari Paz, con un rictus de terror, vuelve a dar pe.dales frenéticamente.*

Mari Paz. - ¡Ni hablar!

Margarita. - Así me gusta. Empieza la cuenta atrás. Concéntrate en la pantallita y deja de lla.mar la atención, no me seas egocéntrica.

Mari Paz. - ¿Ego qué? (Nuevo berrinche.) ¡Ay, Margarita, con lo que tú sabes...!

Margarita. - ¿Otra vez?

Mari Paz. - Si es que es verdad. Con ese lenguaje que tienes, hija, y esos conocimientos de todo, y esa cabeza tan bien amueblada que parece men - tira que... (Ausente.) ¿Qué tornillo era?

Margarita. - Olvídate del tornillo. ¡La palanca, Mari, es darle a la palanca y ya está! Sin problemas. Y acuérdate de... (Se le viene a la cabeza.) ¡Coño, las plantas!

Mari Paz. - ¿Qué plantas?

Margarita. - El sobrecito... Te he metido una nota con los avisos pero... no me acuerdo... Es que... las plantas si no se riegan...

Mari Paz. - ¡Se mueren! (Vuelve a llorar.)

Margarita. - ¡Chisst...! Olvídalo, venga, es igual. Atenta a la pantallita. Atenta a que... ¿Qué coño haces?

*Mari Paz ha sacado un sobre abultado de la riñonera e intenta abrirlo mientras pedalea.*

Mari Paz. - Aquí no veo...

Margarita. - (Apurada.) ¡Guarda eso! ¡Me prometiste que lo abrirías al acabar!

Mari Paz. - Ay, hija, como has dicho...

*El sobre se ha abierto un poco y cae al suelo un billete de 5 euros. Mari Paz hace ademán de parar para recogerlo pero Margarita se lo impide.*

Margarita. - ¡Déjalo, no hay tiempo, ya lo cogerás!

Mari Paz. - ¡Ay madre!

Margarita. - Atenta a la pantallita.

Mari Paz. - ¡Ay Santa Rita que en el cielo estás escrita con...!

Margarita. - Mari Paz, por el amor de Dios.

Mari Paz. - No puedo. Toma. (Le tiende el sobre.) Se acabó.

Margarita. - ¿Otra vez? Para ti todo. (Lo rechaza, melodramática.) Que te quedes con mis ahorros, coño. Sólo te pido este favor...

Mari Paz. - Me siento incapaz.

Margarita. - Venga, no me decepciones. ¡Y cuida tu alimentación!

Mari Paz. - ¿Estás segura?

Margarita. - Completamente. No quiero sufrir más.

Mari Paz. - ¡Ostras, lo mismo decía mi cuñado!

Margarita. - ¿Quién?

Mari Paz. - Luego se curó y escribió un libro.

Margarita. - ¡Qué asco de vida, Mari Paz, los hijos han dejado de obedecer a sus padres y todo el mundo escribe libros! (Pedalea aún más fuerte.) ¡Atenta, vamos allá!

*Mari Paz mira de reojo a la pantallita de la bici de su compañera y se entrega a la oración.*

Mari Paz. - Padrenuestro que estás en los cielos... yo necesito el dinero, venga a nosotros...

Margarita. - Mari Paz... Ciento cuarenta calorías, preparada...

Mari Paz. - ¡Ay con lo que tú sabes!, ¡ay tan lista y tan guapa y tan...!

Margarita. - Tan anciana que... se me acaba el desierto.

Mari Paz. - ¿Qué bobadas dices?

Margarita. - La ancianidad es un desierto: tus hijos te abandonan, tus amigos han muerto...

Mari Paz. - ¿Y yo qué, rica? (Blandiendo el sobre.) ¿Por qué crees que acepto yo esto?, porque me lo has pedido, porque tus deseos son...

Margarita. - ¡Guarda ese sobre, anda! ¡¡Preparada!!!

Mari Paz. - No puedo hacerlo. Soy tu amiga.

Margarita. - ¡Guárdalo y céntrate en la palanquita!

Mari Paz. - Soy tu amiga. (Entre lágrimas.) No puedo, no lo haré...

Margarita. - ¡Guarda el puto sobre! ¡¿Lista?!

Mari Paz. - (Gimotea.) Te quiero, te... (De pronto, al tratar de meterlo en la riñonera, el sobre se abre del todo inesperadamente y saltan por el aire un mon.tón de recortes de periódico. Cambia de semblante.) ¡Te vas a cagar!

Margarita. - (Absorta. Como en otro mundo.) ¡Adelante!

Mari Paz. - Querer engañarme a mí...

Margarita. - ¡Cinco!

Mari Paz. - ¡Guarra, sinvergüenza!

Margarita. - ¡Cuatro!

Mari Paz. - ¡Te voy a matar!

Margarita. - (Asiente.) ¡Tres!

Mari Paz. - ¡No me extraña que no te trague tu familia, arpía!

Margarita. - ¡Dos!, ¡riégame las plantas!

Mari Paz. - ¡Vete a la mierda!

Margarita. - ¡Uno, y...! ¡Gracias por todo!

Mari Paz. - ¡Muérete ya!

*Mari Paz tira de la palanquita y, de una mítica pe.dalada, Margarita sale en bici por la ventana.*

Dos

*Habitación de un centro geriátrico de salud men - tal. Margarita, algo magullada y luciendo collarín, re.pasa su álbum de fotos apoyada en un par de muletas. Mientras, Mariví lanza con inquina pelotas de*

*papel a un retrato colgado en la pared. Entre dardo y dardo, entona una especie de marcha militar (versión, claro, Tercera Edad).*

Mariví. - ¡Toma, perro, en toda la jeta!

Margarita. - Te vas a lastimar.

Mariví. - Él, Él se va a lastimar en cuanto le agarre

por el cuello y... (Canturrea.) ¡¡Ta - ra - rí, tam, tam, tata ríí ta riiiií!! Margarita. - ¿Podrías acribillar más bajito a tu yerno?

Mariví. - ¡Déjate de fotos entrañables y fíjate en ésta! ¡Zas, zas, zas! ¡Es la guerra, compañera! ¡¡Ta - ra - ríiiiií!!

Margarita. - Me duele la cabeza.

Mariví. - (Enigmática.) El mar.

Margarita. - ¿Eh?

Mariví. - Piensa en el mar azul, las olas viniendo hacia ti. Y nosotras allí, montadas en el euro... Margarita. - Desde luego... ¡Qué humor tienes! Mariví. - ¿Vienes o no?

Margarita. - ¿Pero tú me has visto bien?

Mariví. - Claro, y el médico, y casi todos los médi.cos de la ciudad. Eres un prodigio de la natura.leza, un caso digno de admirar. Vamos, me pego una leche yo así desde un primero, y tienen que recogerme con pinzas.

Margarita. - ¡Qué humor tienes, de verdad!

Mariví. - (Marcial.) ¡Comarada Margarita, te ne.cesitamos!

Margarita. - Anda, calla.

Mariví. - ¡No puedes bajar los brazos, camarada, esta guerra la vamos a ganar!

Margarita. - Qué guerra, ni qué nada. Déjame en paz.

Mariví. - Presiento que es el destino, ¿sabes? Si he.mos coincidido aquí por algo será. Algo tendre.mos en común, ¿no?

Margarita. - Sí: problemas mentales, ¿no has vis.to la placa al entrar?

Mariví. - ¡Afirmativo! (Sonríe.) ¿Ves?, tú también tienes humor.

*Margarita deja su álbum de fotos sobre la cama y desfila con sus muletas marcialmente, con gesto de complicidad.*

Margarita. - ¡A la orden, Mariví, ta - ra - rí, tarí, ta.riiiií !

*A Mariví le da un ataque de risa.*

Mariví. - ¡Ay, qué pinta, para, para que me parto!

Margarita. - (Contagiada.) Pues si tú te partes yo... (In crescendo.) ¡Yo me hago otra luxación, ja, ja, ja!

Mariví. - (Desternillada.) ¿Qué coño maniaco - depresiva?, ¡tú lo que eres, es una cachonda, Margarita,

ja, ja, ja!

Margarita. - ¡Calla, calla, no me puedo reír, que me duele todo!

*Cesan las carcajadas. Pausa.*

Mariví. - En serio, ¿te cuento el plan?

Margarita. - Bah, como si fuera tan fácil salir de aquí.

Mariví. - Facilísimo. ¡Peor era lo tuyo! Volando en bici, tres pisos, una palanca... Es tan difícil de creer...

Margarita. - Un milagro, ya ves. Cosas de loca.

Mariví. - ¿Por qué quitarte de en medio? ¡¡¡Luchar!!!, ésa es la clave. ¿Comprendes?, ¡que sepan que estamos vivas y que son ellos, esa familia a la que queremos tanto, quien nos tiraniza y nos hace enfermar!

Margarita. - ¡Déjame de rollos, Mariví!, déjame de rollos...

Mariví. - Tú sabes que es verdad. Me lo has dicho al entrar.

Margarita. - Me equivoqué, estaba medicada, no sé... Todo ha pasado ya... Además, mis hijos...

Mariví. - ¿Ya estamos otra vez con eso?, ¿te has quedado boba del golpe o qué?

Margarita. - Mariví, por favor...

Mariví. - ¿Ahora, resulta que tus hijos son maravillosos?

Margarita. - Sí, en el fondo... me quieren.

Mariví. - Te han quitado de encima. Como los míos. Igual.

Margarita. - No me han quitado de encima, no es verdad.

Mariví. - (Sardónica.) No, te han dejado caer...

Margarita. - Me han traído hasta aquí.

Mariví. - (Cínica.) Huy, qué detalle...

Margarita. - ¡Me quieren!

Mariví. - ¿Dónde están, eh?, ¿dónde están?

Margarita. - ¿Qué importa? Me quieren mucho aunque vengan poco a visitarme.

Mariví. - No vienen.

Margarita. - ¿Cómo que no?, ¿no los has visto?

Mariví. - (Puñetera.) ¡Ah!, ¿era esa gente que bajó tus cosas del coche, los que te regalaron veinte minutos y unas flores? Qué majos... (A saco.) Mira, tus hijos...

Margarita. - ¿Qué, eh? Si no vienen más a verme es porque están muy atareados.

Mariví. - No existes para ellos, ¿no lo entiendes?

Margarita. - ¡Viven en otra ciudad! ¡No tienen tiempo!

Mariví. - Ya, ni memoria, como los míos. ¿Qué hacemos para refrescársela?, ¿salimos volando por la ventana de la entrada?

*Margarita, visiblemente dolida, se deshace en lágrimas.*

Margarita. - No... no tienen tiempo, pero yo sé que piensan tanto en mí como yo en ellos.

Mariví. - Eso es lo malo. Te tienen pillada, compañera. Y ya es hora de que espabilas y dejes de llorar, porque lo que no se puede...

Mari Paz (off). - ¿Se puede?

Mariví. - Lo que no se puede...

Mari Paz (off). - ¿Se puede o no se puede?

*Pausa. Las dos se miran contrariadas. Margarita enjuga sus lágrimas, mientras Mariví se esconde detrás de la cama con un montón de pelotas de papel.*

Margarita. - Adelante

*Pausa.*

Mariví. - ¡Santo y seña!

Mari Paz. - (Entra acobardada.) Yo mayormente... soy de Santa Rita... (Ve a Margarita.) ¡Milagro, ha sido un milagro! (Llora.) Perdóname, Margarita, perdóname...

Margarita. - Bueno, bueno, ya está.

Mari Paz. - Fue horrible. Me sentí fatal. Me han echado de casa. Me quieren internar...

Margarita. - ¿Pero qué dices? Cálmate, anda.

Mari Paz. - (En plena llantina.) Yo... Yo... Mis hijos creen que estoy loca, que no tengo personalidad, yo...

Mariví. - (Saliendo de detrás de la cama.) ¿Otra más?, ¡bienvenida al club!

Mari Paz. - (Sorprendida.) ¡Ahí va!, ¿y qué haces tú aquí?

Mariví. - (Ídem.) ¿Me... me conoce a mí?

Mari Paz. - Claro, ¿no coincidimos en clase de aeróbic?

Mariví. - (Flipada.) Ah, pues no sé, no caigo...

Mari Paz. - Sí, mujer, con Franki. ¿No ibas tú a clase con Franki?

Mariví. - Sí, sí. Franki, el del culote, el Franki.

Mari Paz. - Claro. Pues yo soy de las de atrás del todo. (Pausa.) Yo soy la de... (Gesto.)

Mariví. - ¿La de la palanca?, ¿tú eres la de la palanca? ¡Qué monstrea!

Mari Paz. - Bueno, ya estaba todo hecho, yo sólo tuve que apretar. Lo inventó ella. (Señala a Margarita.) Bueno, y su amigo, el dueño del gimnasio, lo van a patentar, ¿se dice así? Pues... (Se corta.) Esto... ¡os veo genial!

Margarita. - Ya ves: mujer enferma, mujer eterna.

Mariví. - ¡Chissst! (Sotto voce, a Paz.) ¿Nos ayudarás a escapar?

Margarita. - ¡Déjala, anda!, ¿no ves que está fatal?

Mari Paz. - (Metiendo mano en su bolso.) Te he traído los recortes de prensa.

Margarita. - ¿Todavía estás con eso?, ¿cómo puedes ser tan rencorosa?, ¿tú crees que si en vez de recortes tuviera billetes de euro me iba a suicidar?

Mari Paz. - Me refiero a estos. (Saca unos trozos de papel.) Digo: por si no has leído los periódicos

estos días...

Mariví. - A ver. (Lee.) “La abuela E.T”, “Salto al Spa.ce”.

Margarita. - ¿Este dibujo soy yo?

Mari Paz. - Ajá. Te comparan con aquel marciano que subía a la luna en bicicleta. (Imita.) “Mi ca.saaa, ser buenooss”.

Mariví. - (Lee.) “...Y, al final, la anciana llegó a otra luna, la de un Renault Space que estaba aparca.do debajo del gimnasio. Milagrosamente, y ante el estupor general, la abuela y la luna resultaron ilesas aunque se teme que la mujer tenga pertur.badas sus facultades mentales...”.

Mari Paz. - Hija, te pone muy bien, la verdad.

Mariví. - Qué cabrones, se van a enterar...

Mari Paz. - ¿Qué pasa?, ¿algo va mal?

Mariví. - Nada, que estamos a punto de entrar en guerra.

Mari Paz. - (Perpleja.) ¿Guerra? ¿Aquí? (Escudriña la prensa.) No, eso es en Iraks y Afganisnosequé, ¿ves?

Margarita. - Nosotras, Mariví se refiere a noso.tras.

Mari Paz. - ¿Vosotras?

Mariví. - Sí. Guerra. ¿Cómo lo ves?

Mari Paz. - ¿Vosotras? (Pausa.) Ah. (Pausa.) ¿Con.tra quién, vida?

Mariví. - La familia.

Mari Paz. - Ah. (Pausa.) ¿Pero qué familia?

Mariví. - ¡Todas!, ¡todas las familias!

Mari Paz. - Coño...

Mariví. - Y te digo más: ¡contra el Sistema!, ¡y con.tra la Sociedad!

Mari Paz. - Recoño...

Margarita. - ¿Entiendes?

Mari Paz. - Mayormente... no, ¿pero me puedo apuntar?

Margarita. - Céntrate, Mari Paz, que no tienes personalidad.

Mari Paz. - Sí que tengo. Además, me han echado de casa, me quieren internar.

Mariví. - ¡Pues libérate, mujer, déjate llevar!

Mari Paz. - Me dejo, me dejo...

Margarita. - ¿Ves?, ¿ves cómo no tienes persona.lidad?

Mariví. - ¿Es cierto o no que nos hemos pasado toda la vida trabajando?

Mari Paz. - A mí me vas a contar...

Mariví. - (En plan arenga militar.) Lo hemos dado todo por nuestras familias, nunca hemos dicho que no a nada, ¿verdad?, hemos aceptado cargas y más cargas. ¡Pero no cobramos, no cotizamos, no existimos! Y encima, nuestros hijos...

Margarita. - Nos quieren mucho, es verdad, pero... (Con un rictus de tristeza.) Nos echan de casa, ya ves.

Mariví. - Ahí quería llegar.

Mari Paz. - Y yo: ¡me quieren internar! (Enfatiza.) ¡Me quieren internar!



Mariví. - (Resuelta.) ¿Tienes un móvil?  
Mari Paz. - Que sí, coño, ¿no te digo que me quieren internar?  
Margarita. - Un móvil de llamar.  
Mari Paz. - (Cae.) Ah. Sí, sí, sí. (Lo saca de su bolso.)  
Margarita. - ¿Qué vas a hacer?  
Mariví. - Dámelo. Trae acá. (Agarra el celular.) ¡Ayuda a Margarita a recoger sus cosas!  
Margarita. - ¿Adónde quieres ir?, si apenas pue.do andar.  
Mari Paz. - ¡Vamos, te ayudo! ¡Qué album de fotos más chulo!, ¿puedo fisgar?  
Margarita. - (Irritada.) De eso nada, trae acá. (Se justifica.) Es que... es de gente muy querida. Y no se puede mirar.  
Mari Paz. - (Flipa.) Ah.  
Mariví. - ¡Venga, chicas! ¡Ta - ta - riiiií - ta - rí! (Des.cuelga el retrato.) ¡Que hay mucha guerra que dar!  
Mari Paz. - ¿Y ése quién es?  
Margarita. - Su yerno, no preguntes más.  
Mariví. - ¡Adelante, camaradas, ni un paso atrás!  
Mari Paz. - ¿Qué ha dicho?  
Margarita. - ¡Chissst!, ¡que tiene un plan!

*Mariví marca un número de teléfono. Las otras in.tentan escuchar. Pero antes de que hable, la escena se queda en oscuridad.*

Tres

*Las tres septuagenarias, inquietas y sudorosas, frente a una fuente pública. Anochece en la ciudad, ruido de coches y, en la lejanía, alguna sirena de policía.*

Mari Paz. - ¡Uf, qué sofoco! Bueno, bueno, bueno... Hacía años que no me divertía tanto.  
Mariví. - Arrímate al chorro, mujer, hay que repostar. (A Margarita.) Y tú, ¿qué tal vas?  
Margarita. - Asfixiada, pero bien. (Se refresca la cara.) ¿Crees que nos seguirán?  
Mari Paz. - El tipo de la furgoneta lo hizo genial, nadie sospechó nada. Vosotras por un lado, yo por mi propio pie, nadie nos vio...  
Mariví. - Pues claro. (Metiéndose en la fuente.) No nos ven.

*Las otras dos la miran alucinadas. Mariví, chapotea sin recato.*

Mari Paz. - (Flipando.) Se ha metido dentro. Está fatal.

Mariví. - ¡Somos transparentes!

Mari Paz. - ¿Se ha tomado la pastilla?

Margarita. - Déjala, ella sabrá.

Mariví. - (Creciéndose en el agua.) Y vosotras debéis aprender: ¡somos de cristal, nadie nos ve, les damos igual!

Mari Paz. - Vaya, con lo bien que íbamos, nos van a pillar.

Mariví. - (Chapotea.) ¡Agua bendita, qué ganas tenía!

Mari Paz. - Toma. (A Margarita.) Aguántame el móvil.

Margarita. - ¿Qué vas a hacer? (Mari Paz ya está dentro.) No me lo puedo creer.

Mari Paz. - ¿Qué quieres?, no tengo personalidad.

Margarita. - Si te vieran tus hijos, tus nietos, tus...

Mari Paz. - ¡Que da igual, me quieren internar..!

Margarita. - Ya, pero... (Suena el celular. Pausa.) ¿Qué hacemos?

Mariví. - Calma. Ahora el objetivo es relajarse y descargar tensión.

Mari Paz. - Ah. Entonces, ¡que salte el buzón!

*El móvil sigue sonando. Mari Paz baila desde el agua al compás de su hortera sintonía.*

Margarita. - ¿Y si digo que estamos en guerra, que llamen en otro momento?

*Les da un ataque de risa a las tres. El móvil deja de sonar.*

Mariví. - ¡Está fresquita, eh, qué gusto! ¿Y tú qué?

Margarita. - ¿Se podrá mojar el collarín?

Mari Paz. - Se puede todo, mujer. (Pausa.) Aunque yo lo de la guerra no lo acabo de ver.

Mariví. - ¡Chisst, calma! (Intrigante.) Ésta es la “operación calma”.

Mari Paz. - (Atacada.) ¡Ay, yuyu!, no me hables de operaciones.

Margarita. - Es que bañarse en una fuente pública...

Mari Paz. - Pues anda, que salir en bici por una ventana...

Mariví. - (Mística.) Éste es un espacio de quietud y calma para favorecer la introversión, ¿comprendéis?

Mari Paz. - ¿La intro qué? ¡Ay, tú sí que sabes, Ma.riví! ¡Venga Marga, boba, deja la muleta y ven aquí!

Margarita. - Voy, voy. (Rezongando.) De perdi.das...

Mari Paz. - ¡A la fuente, ja, ja, ja!

*Margarita entra renqueante.*

Margarita. - Uf, qué gusto. ¡Hala, la faja pingan.do!

Mariví. - ¡Bien! Éste será nuestro punto de encuen.tro, ¿ok?

Margarita. - ¿La fuente?, ¿por qué?

Mariví. - Porque la zona de aguas siempre lo ha sido, históricamente.

Mari Paz. - Sí, vida, históricamente.

Mariví. - Ah, ¿tú sabes lo de los baños romanos y árabes?

Mari Paz. - Bueno, yo históricamente... iba a la piscina municipal. Y había muchos jubilados y tal. Y oye, mucho encuentro y eso, y practicábamos el acuagim.

Margarita. - ¿El qué?

Mari Paz. - Nos daban un churro.

Mariví. - ¿Un churro?

Mari Paz. - Sí, un trozo de goma mayormente.

Margarita. - ¿Y qué?

Mari Paz. - Nada, lo enroscábamos en un pie, lo poníamos de corbata, saltábamos a la comba dentro del agua...

Mariví. - Qué gilipollez. Para atontaros, ¿veis?

Mari Paz. - Un respeto, eh, que hacíamos la medu.sa. ¿Sabéis hacer la medusa?

Margarita. - Estás tú buena medusa...

*Mariví y Margarita se tronchan de risa.*

Mari Paz. - ¿De qué os reís? Pues es fantástico para las varices y para la celulitis, bueno, y para todo, mejor que cocinar y fregar y que... (Se oye una sirena.) ¡Ay madre, ya están ahí!

Mariví. - Chisst, relax. No nos ven. Relax, que tenemos edad.

*Pausa. La sirena se aleja.*

Margarita. - Lo raro es que no pase nadie. (Pau.sa.) Ni un alma.

Mariví. - Nosotras a lo nuestro.

Mari Paz. - ¿Lo nuestro?

Mariví. - A reponer fuerzas para la batalla.

Mari Paz. - Ahí va, ¡la batalla!, se me había olvida.do.

Mariví. - Yahora... (Agita los pies.) ¡El efecto yakuzzi!, ¿veis? ¡Hala, todas!

Margarita. - Yo... como no revuelva con la mule.ta...

Mariví. - Bueno, la que pueda.

Mari Paz. - (Patea enloquecida.) ¡Ay qué gusto, qué sensación de libertad!

Mariví. - Pues esto no es nada, ¡se van a cagar! (Canta.) ¡¡¡Ta - ta - ri - ta - riiiií!

Todas. - (A coro.) ¡¡¡Ta - ta - rí - ta - riiiií!

*Entre risas y chapoteos se hace el oscuro.*

Cuatro

En la oscuridad se oyen voces.

Mari Paz. - No es por molestar, pero esto es un de - lito.

Margarita. - Tenemos tantos..., ¡qué más da!

Mariví. - ¡Chisst! (A la luz de una linterna.) ¿Queréis callar?

Mari Paz. - ¿Por qué no hay luz?

Mariví. - El automático, lo bajan siempre cuando van de vacaciones. Quietas ahí. Ya casi lo tengo.

Margarita. - No se ve ni pa cantar.

Mari Paz. - (En coña.) ¡Ta - ta - rí - ta - riiii!

Mariví. - ¡Chisst! ¡Ya lo tengo!

*La escena se ilumina dejando a la vista la sala de estar de un lujoso piso familiar.*

Mari Paz. - ¡Ostras!, ¿estás segura de que vives, ejem..., vivías aquí?

Mariví. - Ya ves. (Señalando un montón de fotos familiares enmarcadas en la pared.) “Abuela con perrito”, “abuela y nietos de playa”, “abuela cocinando...”.

Mari Paz. - Qué guapa has salido en ésta, ¿estabas teñida?

Mariví. - Estaba... (Con un nudo en la garganta.) fe.liz.

Margarita. - Qué fuerte, y ahora ni siquiera tienes llave...

Mariví. - Menos mal que me sé todos los escondi.tes. En realidad, la manía de dejar una copia debajo de la maceta era mía.

Mari Paz. - (Sigue husmeando.) ¡Ostras, el del retrato de la residencia, mira, mira...!

Margarita. - Chisst, calla, no lo puede ni ver.

Mariví se vuelve, y en un arrebató, descuelga la foto de su yerno y la pisotea con saña.

Mari Paz. - Ya no la verá nadie, has hecho bien.

Mariví. - (Se sienta, compungida.) He trabajado de la mañana a la noche. No he hecho más que trabajar. Me acostaba a las tres de la madrugada para acabar los encargos de costura. Acabé con una angina de pecho, pero llevé las riendas de la casa y cuidé de mis padres enfermos, de una hermana y una sobrina, lo que fuera para sacar adelante a los míos...

Margarita. - Cálmate, te va a dar algo.

Mariví. - ... Luego, mis hijos se casaron y vinieron los nietos, y nos mudamos a esta casa y...

Mari Paz. - Venga, venga, ya está. Toma mi pañue.lo...

Mariví. - Hasta hace tres años todo entre estas cua.tro paredes dependía de mí, ¿sabéis? La limpieza del hogar, la colada, cocinar, cuidar a los ni.ños...

Margarita. - No llores, hija, que a mí me ha pasa.do igual.

Mari Paz. - A todas. Trabajamos a reventar.

Margarita. - Venga, Mariví, ¿cómo vas a dar gue.rra así?

Mariví. - (Entre lágrimas.) Un día te fallan las fuer.zas, el mundo se te hunde y... ya no eres nada.

Mari Paz. - Al revés, ¡eres fundamental! (Pausa. Las otras le miran desconcertadas.) A ver, ¿qué harían sin nosotras los médicos, las enfermeras, los laboratorios, las ambulancias, los hospita... (Le sueña el móvil. Pausa.) Ostras, me ha pillado de sorpresa.

Mariví. - (Aún llorosa y enrabiada.) ¡Trae acá! (Al teléfono.) ¿Diga? No, no está. Bueno, sí. No, ponerse no puede porque está... (Con voz ronca.) ¡secuestrada!

Mari Paz. - ¡Ay la madre que la parió!

Mariví. - ¿Una broma? No. Somos... (Más ronca.) mala gente.

Mari Paz. - ¡Ay, me estoy respigando!

Mariví. - ... Sí, somos un comando nuevo. ¿Qué pasa, no me cree? (Gángster total.) Pues si no pagan doce mil euros le corto a ella un dedo y se lo mando a usted por correo...

Mari Paz. - (Flipando.) Se ha vuelto loca.

Mariví. - ... Punto. Corto y se acabó. (Cuelga.)

Margarita. - Hija, nos has dejado...

Mari Paz. - (Alteradísima.) ¿Estás majara o qué?, ¿era mi hija? (Morbosa.) ¿Qué te ha dicho a lo del dedo?

Mariví. - ¡Que quería más!

Margarita. - ¿Más qué?, ¿más dedos?

Mari Paz. - Ésa ha salido a su padre. ¡Como la pille, la mato!

Mariví. - Estos juegan fuerte. Ni un euro nos van a dar.

Mari Paz. - ¿Qué vais a hacer, me vais a descuartizar?

Mariví. - No digas tonterías. Mientras que nuestros parientes se ponen nerviosos, ¡nosotras vamos a actuar! (Despeja de un manotazo la mesa de la salita y va señalando sobre el cristal.) Fijaos en el teatro de operaciones...

Mari Paz. - (Palideciendo.) Ay, por favor, qué mareo.

Margarita. - ¿Qué te pasa?, estás blanca...

Mari Paz. - ¡Ay, no lo puedo remediar, cada vez que pronuncia esa palabra...! Es que, hija, tantos años pasando por el quirófano...

Mariví. - Pues acostúmbrate, Pacita, porque ahora operaremos nosotras, ¿vale? Localmente, eso sí.

Mari Paz. - ¿Sin anestesia?

Mariví. - No, mujer, por el barrio. ¿Comprendes? (Señala.) Aquí, en este radio, hay que desplegar, envolver, contraatacar.

Mari Paz. - Yo lo de envolver... desde que traspasamos la mercería...

Margarita. - ¿Y cuando vuelvan tus parientes de vacaciones?

Mariví. - Para entonces ya tendremos nosotras mucho dinero y estaremos pasándolo pipa frente al mar.

Mari Paz. - Ostras, qué bien suena.

Margarita. - Lo del dinero no lo he entendido.

Mari Paz. - Ni yo. (De pronto, aterrada, agarra un abrecartas de la mesa y grita como una posesa.) ¡No, no, atrás!

Mariví. - Chissst, ¿qué haces, idiota? Baja la voz.

Margarita. - ¿Quieres que venga la policía?

Mari Paz. - (Erre que erre.) ¡Atrás, no dejaré que me cortéis ni un dedo! ¡sálicas, sadiscas o como se diga!

Mariví. - Tranquila, mujer, parece mentira, ¿cómo puedes pensar una cosa así?, ¿a ti te parece normal?

Mari Paz. - ¿Normal? (Mirándolas acoquinada.) Aquí nada es normal... Y claro, (Gimotea.) es que... si os empeñáis me dejo trocear, como no tengo personalidad...

Mariví. - Anda, calla, será mejor que te echas en la habitación de los niños, estás un poco nerviosa.

Mari Paz. - ¿Nerviosa yo? (Pausa.) Tienes razón.

Margarita. - Pero aún no has dicho de dónde sacaremos el dinero.

Mariví. - De aquí.

Margarita. - ¿De tu casa?

Mariví. - Ya no es mi casa. Me han echado, pasan de mí.

Mari Paz. - ¿Pasan?, ¿qué quieres decir?

Mariví. - Que no se acuerdan de que existo. Ah, y que voy a desvalijarles el piso

Margarita. - ¿Desvalijar?, estás loca.

Mariví. - No, estoy en guerra. Y vosotras igual, ¿no?

Mari Paz. - Ahí lleva razón.

Mariví. - Iremos empeñando cosas poco a poco, y de paso, discretamente operando, con perdón, por el barrio.

Mari Paz. - (Fascinada.) ¡Ay qué lista, qué artista!

Margarita. - Yo no sé qué decirte, la verdad.

Mariví. - No hay nada que decir. A descansar. No levantéis las persianas, ni hagáis nada sospechoso. Recordad que aquí no hay nadie.

Mari Paz. - ¡Ay, hija, qué raro...! Entre que no nos ven, que somos transparentes y que aquí no hay nadie... me siento como un... espintero, expetor, especto...

Margarita. - ¿Un qué?

Mari Paz. - ¡Un fantasma, joder!

Margarita. - Acuéstate, anda.

Mariví. - Acostaos las dos. Hoy vigilaré yo. Vosotras descansad que mañana iremos “Alcampo”, de batalla.

Margarita. - ¿Qué ha dicho?

Mari Paz. - ¡Ay, no sé, ella sabrá!

Cinco

*“Alcampo”, centro comercial. En mitad de un pasillo, las tres septuagenarias, armadas de un taco de folios, cuchichean. De pronto, Mari Paz, alza la voz.*

Mari Paz. - ¡¡¡Hola, buenas, veníamos mayormente a presentar batalla y...!!!

Mariví. - Cállate, haz el favor. ¡Dispersaos! Y sobre todo, recordad, a qué tipo de rehenes venís a liberar.

Margarita. - Yo voy por ahí. Mari Paz. - Yo... ¡ta - ta - ra - ta - riiiií!

Mariví interpela a una anciana en la sección de frutería.

Mariví. - ¿Sofocos?, ¿taquicardias?, ¿decaimiento persistente?, ¿cansancio extremo?, ¿tristeza y desánimo?, ¿alguna caída fortuita debida a mareos súbitos? ¡Ajá! Y encima de todo eso se siente culpable y hundida por no poder hacer frente a sus obligaciones diarias, ¿verdad? ¡Pues señora, es usted de las nuestras, otra abuela esclava! Hágame el favor, deje ahí los kiwis y grite conmigo: ¡¡¡Nooooooo!!!

Off. - ¿Qué dice?, ¿es para la tele?

*Mari Paz forcejea con otra anciana en menaje del hogar.*

Mari Paz. - ¿Cómo que no?, ¿lo niega?, ¿niega usted que es una esclava? Bueno, es normal. (Consulta los folios.) Por vergüenza o exceso de responsabilidad negamos siempre que nos sentimos esclavas de nuestras propias familias, ¡faltaría más! Pero no, señora, libérese de la mantelería y repita conmigo: ¡¡¡Noooooo, nooooo!!!

Off. - Que deje de gritar, que no se lo compraré igual.

*Margarita adoctrina a otra venerable viejecita en la sección de cosmética.*

Margarita. - ... Mire, hemos sido educadas para decir sí a todo lo que viniera, nunca tuvimos un no para nuestros padres y tampoco lo tenemos ahora para nuestros hijos, aunque abusen de nosotras. Mire, déjese de frascos y lea mis labios: ¡¡¡Nooooooo!!!

Off. - ¡Lleva usted razón, por eso no me he casado yo!

*Mari Paz rodea a otra en la sección de congelados.*

Mari Paz. - Señora, salga del frigo que yo odio la guerra fría. Deje ese paquete de calamares, ¡que venga algún hijo suyo a por ellos! ¿No ve que ellos son unos egoístas? Libérese, mujer, y grite conmigo: ¡¡¡Noooooo!!!

Off. - ¿Cómo dice?, ¿de qué marca son?

Mariví vuelve a la carga en artículos de ocasión.

Mariví. - Pero, señora, ¿no está harta de ocuparse de la casa, de los hijos, de recoger a los nietos, de hacer comidas familiares, de...? ¡Pues claro que sí! Claro, porque cuando les interesa somos ancianas pero cuando no les interesa les importa un pito que estemos agotadas por sobreesfuerzo físico y emocional, por tanta responsabilidad, ¿verdad?, ¿lo vamos a aguantar? ¡¡¡Nooooo, nooo, nooo!!!

Off. - ¡¡¡Noooo, bravo, bravo!!! (Ovación.)

*Margarita aborda a otra por la espalda.*

Margarita. - Agobiada, eh, no me diga más: (Lee.) El metabolismo descompuesto, la diabetes por las nubes, el ánimo por los suelos y los nervios a flor de piel, eh. ¿Y la culpa es de los años? ¡No, señora! ¿Vamos a permitir esta esclavitud? ¡¡¡Nooo, nooo, nooo!!!

Coro de viejas. - ¡¡¡Nooo, nooo, nooo!!!

*Suenan las alarmas. Inquietante algarabía.*

Margarita. - ¿Qué pasa?, ¿vienen los de seguridad?

Coro de viejas. - ¡¡¡Siiií, siiií, siiií!!!

*Las tres septuagenarias se juntan en el pasillo central y, a trancas y barrancas, lanzan los pasquines al aire y huyen despavoridas.*

Seis

*Sala de estar. Hay bastantes claros entre el mobiliario. Es evidente que numerosos muebles y objetos de decoración han sido empeñados ya. Mariví prepara café. Mari Paz hurga en su móvil y Margarita hojea, sumida en la tristeza, su álbum de fotos.*

Mariví. - Hay que mover el culo, andar de prisa y correr más... para prevenir riesgos.

Mari Paz. - ¿Por qué?, ¿porque lo diga el médico?

Mariví. - No, boba, para que no te agarre el de seguridad.

Mari Paz. - Ah. (Pausa.) ¿Seguro que no hemos hecho el ridículo?

Mariví. - Por supuesto que no. Una guerra... tiene estas cosas.

Margarita. - Menuda guerra... (Solloza.) ¡Nos van a pillar, no tiene sentido!

Mari Paz. - ¡Ostras, ya está, ya le ha dado la depresión! Ánimo, mujer, en cuanto vendamos el microondas y la cadena musical, nos vamos derechitas al mar.

Margarita. - Qué asco de vida (Derrumbada.) Y mis hijos, ¿me estarán buscando?

Mari Paz. - ¿Y los míos?, ¿por qué coño no llaman? (Agita el móvil.) ¿Y si llamo yo y les doy el número de cuenta?

Mariví. - No me han tomado en serio, Mari Paz, pensarán que algún gracioso te ha robado el móvil.

Margarita. - (Sin levantar la cabeza del álbum.) Nadie nos toma en serio. No somos nada, no valemos nada, no...

Mariví. - ¡Bueno, ya está bien! (Le arranca el álbum.) Trae acá. Tanta foto y tanta... negatividad.



Margarita. - (Muy enfadada.) ¿Qué haces, bruja?, ¡devuélvemelo!

Mariví. - Déjate de mirar fotos de tus amiguitas y mira...

Margarita. - (Se incorpora y va hacia ella.) ¡Trae acá!

Mariví. - Mira, Mari Paz, qué bonito, de cuero y colorines... ¡Lo podíamos empeñar también! ¿no te parece?

Margarita. - ¡Dámelo, bruja!

*Las dos forcejean. El álbum cae al suelo. Mari Paz se acerca a recogerlo y al ver lo que hay en su interior se queda de piedra.*

Mari Paz. - No me lo puedo creer... ¡Son esquelas!

Mariví. - ¿Esquelas?, ¿qué dices?, ¿en un álbum de fotos?

Margarita. - (Ausente.) La ancianidad es un de.suerto, todas tus amigas han muerto.

*Margarita, acorralada, rompe a llorar. Silencio. Las otras se miran sin hablar.*

Mari Paz. - Venga..., Marga, no pasa nada.

Mariví. - Eso, venga, ánimo. ¡Ya está el café!

Mari Paz. - Animo, mujer. No te deprimas, no merece la pena.

Margarita. - Me quiero morir.

Mari Paz. - Tranquila, no digas bobadas. (Alerta a Mariví.) ¿Están cerradas todas las ventanas?

Mariví. - Cálmate, mujer.

Margarita. - Me quiero morir. Me quiero morir.

Mari Paz. - ¡Hija, qué perra has cogido! Chist, ¿seguro que están cerradas todas las ventanas?

Margarita. - No hay nadie, no somos nada.

Mariví. - ¿Nada?, miranos, somos carne de enciclopedia ¡somos pioneras!, ¡hemos iniciado la guerra de los cien años!

Mari Paz. - ¡Eh, eh, que no llegamos ninguna a los ochenta...!

Mariví. - No es cuestión de edad. Quiero decir que esto no es de un día para otro, Mari Paz.

Mari Paz. - (A cuadros.) Ah.

Mariví. - (Solemne.) La liberación de las abuelas esclavas y abandonadas seguirá años y años, pero nosotras hemos abierto brecha...

Mari Paz. - (A Margarita.) ¿Ya estás mejor? Claro, mujer, con un buen café...

Mariví. - ...Y abriremos este licor... (Alza una botella de coñac.) precisamente para sellar...

Margarita. - ¿Azúcar?

Mariví. - ¡Marchando! (Busca por varios cajones.) ¿Dónde narices habrán puesto el azúcar?

Mari Paz. - A ver, déjame a mí. El caso es que me suena...

Mariví. - Qué desastre de casa, a ver si la desvalijamos de una vez. Antes no pasaba esto. La azucarera siempre ha estado aquí, pero estos cafres...

*Las dos se han vuelto de espaldas para buscar por todos los cajones. De pronto, el ruido de una persiana les sobresalta. Margarita, obnubilada, intenta tirarse por una ventana.*

Mari Paz. - ¡Ay Dios mio, ay Santa Rita!, ¡Mariví, ayúdame!

*Entre las dos reducen a su compañera.*

Mariví. - ¡Hala, hala, ya está! (Resuello.) ¡Mira que eres terca!

Mari Paz. - ¡Qué manía, hija, y sin bici ni nada!

Margarita. - Me quiero morir.

Mari Paz. - ¡Qué afición a tirarte por la ventana!

Margarita. - Me quiero morir.

Mariví. - Ya te tocará, no tengas prisa. Lo que tienes que hacer es animarte.

Mari Paz. - Eso, vida, eso, como las demás.

Mariví. - Ahora te tomas el café y... esta copita de coñac.

Mari Paz. - (Para sí.) ¿Se excitará con la cafelina?

Margarita. - Es que sin azúcar yo no... ¿Hay o no?

*Maiví y Mari Paz se dan la vuelta instintivamente, pero antes de llegar a los armarios de la cocina se vuelven aterradas.*

Las dos. - ¡Eh, quieta ahí, eh, eh, eeh,!, ¡¡quieta.aaaa!! (Pausa.) ¡¿Creías que íbamos a picar otra vez, eh?!

*Margarita permanece inmóvil frente a la taza de café y les mira perpleja.*

Margarita. - Es igual. Me tomo sólo el coñac.

Mariví. - Ejem..., ¡ésa es mi chica! (Sirve tres copas.) ¡Mari Paz, ven a brindar!

Mari Paz. - ¡Ostras, mirad dónde estaba el azúcar y qué poquito queda ya!

*Mari Paz se acerca con una bolsita de plástico pero cuando va a echar una cucharadita en el café de Margarita, Mariví se interpone enérgica.*

Mariví. - ¡Quieta!, ¿qué haces?, ¿qué haces?

Mari Paz. - ¡Ay, qué pasa!, ¿es diásbética o qué?

Mariví. - ¿Pero sabéis qué es eso? ¡No toques nada, te quiero, te quiero! (Besa a Mari Paz con auténtica pasión.)

Mari Paz. - (Pasmada.) Joer, lo que hace el coñac...Mariví. - ¡Ahí estaba, que se jorobe mi yerno, se va a cagar!

Margarita. - Cuando vea su casa vacía..., ¡es nor - mal!

Mariví. - Es que... esto no es azúcar, ¡esto vale más!, ¿por qué creéis que el cabrón tiene este pedazo de casa? Así engañó a su familia, se deshizo de mí, puso vitrocerámica y todo y... (Apura otro chupito.) ¡Aggg, se va a cagar!

Mari Paz. - Hija, de verdad te lo pido: ¡no bebas más!

Mariví. - (Exultante.) Atrás, atrás, ¡la cartera!

Margarita. - ¿Qué cartera?

Mariví. - La mía, ¿dónde está? ¡Acércame mi bolso! No toquéis nada. ¡Atrás! (Abre su cartera.) ¿Sabéis qué es esto?

Mari Paz. - Bah, ¡la tarjeta dorada!, vaya novedad.

Mariví. - Ajá. Pues ahora fijaos, fijaos. (Separa un montón de “azúcar” y la remueve con la tarjeta dorada.) Se creían que la abuela era tonta, que no se enteraba de nada. Pues lo pillé todo, porque soy más lista que ellos y por eso me quitaron de en medio y... (Febрил.) ¡Echadme otro coñac!

Margarita. - (Obedece.) Se va a mamar, se va a ma - mar.

Mari Paz. - ¿Qué haces?

Mariví. - Rayitas, ¿no lo ves?

Mari Paz. - Sí, por eso te pregunto. ¿Podemos ju.gar?

Mariví. - Quieta. ¡Atrás, atrás...! (Las otras retroce.den de nuevo.) ¿Tenéis un billete?

Mari Paz. - Oye, rica, que te quedaste tú con lo de la casa de empeños. ¿No está en tu cartera?

Mariví. - Es verdad. ¡Atrás, atrás! (Obedecen.) Aho.ra voy a enroscar este billetito y...

Mari Paz. - ¿Pero qué haces?, ¿para eso quieres los euros, para meterlos por la nariz?

Mariví. - Chisst, ¡Atrás, atrás!

Margarita. - No es por nada, pero si sigo reculando me voy a caer por la ventana y, oye, ahora que me lo habíais quitado de la cabeza...

Mari Paz. - (Harta ya.) ¡¡Ya basta!! ¡me vais a vol.ver loca entre las dos!, ¡tú, ven acá, Margarita, y tú...!

*Enmudece de golpe al contemplar cómo Mariví se mete un par de rayitas por la nariz.*

Mariví. - ¡Ahhhh! Venga, ahora vosotras, pero con cuidado, eh, ya habéis visto cómo lo hago yo...

Mari Paz. - (Se persigna.) ¡Alabado, alabado...!

Margarita. - ¿Pero eso no era para el café?

Mari Paz. - (Resabiada.) ¡Ay, Margarita, con lo que tú sabes, hija, pareces boba! (Susurra a Mariví en plan confidencial.) Pssshh... ¿Marijuana, quizá?

Mariví. - ¿Qué importa el nombre? Lo único que sé, es que mi yerno se forra con esto. Yo lo espiaba algunas noches y veía cómo lo hacía.... Ven, ven, ¡ya verás!, agarra el billetito...

Mari Paz. - ¡Ay Virgen, no sé si sabré! Yo, la nariz...

Margarita. - Acuérdate de cuando tomaste aquello para la rinitis.

*Mari Paz se mete un par de rayas y le sientan genial.*

Mari Paz. - Oye, es raro, ja, ja... ¿Queréis más coñac? Ahora tú.

Margarita. - (Muy predispuesta.) ¡Qué de rayas, voy p'allá!

*Margarita esnifa compulsivamente y se pone como una moto. Llegados a este punto, la botella está casi por la mitad y las abuelas no lo pueden disimular.*

Mariví. - ¡Un brindis por nosotras y... y por todas las mujeres de nuestra generación!

Mari Paz. - ¡Eso, eso! ¿Y por los hombres? No, por ellos no, ja, ja, ja.

*Beben entre risas. Y llenan los vasos a toda velocidad.*

Margarita. - ¡Pues yo brindo por los ancianos solitarios! ¡y por los impedidos!

Mari Paz. - ¡Eso, y por el reumatismo, ja, ja, ja!

Mariví. - ¡Eso, eso, y por las enfermedades cardio.vasculares, ja, ja, ja!

Margarita. - ¡Ahí, ahí le has dao, Mariví! (Aplausos.) ¡Y por el hijoputa que inventó el Alzheimer y la demencia senil!

Mari Paz. - (Aplausos.) ¡Ay, que me parto, ja, ja! ¡Pues yo brindo por Nemesio el de la Carmina, que se murió bailando un pasadoble en la pista de Benidorm, ja, ja!

Mariví. - ¡Y yo por Consuelo, la de la gasolinera, ja, ja, ja!

Margarita. - ¿Qué Consuelo, ja, ja, ja? ¡Ah, Con.suelo, pobre!

Mariví. - ¡Siii... Antes de viajar se hizo un chequeo, ja, ja, ja... se subió al coche con la nuera, los nietos y todo, ja, ja... ¡y a los veinte kilómetros o así la dejaron abandonada en una gasolinera, ja, ja, ja!

Mari Paz. - ¡Ay, ja, ja, ja, que me estoy poniendo mala! ¿paramos ya?

Margarita. - ¡No, no, sigue, que esto es buenísi.mo, ja, ja, ja, que cinco minutos de carcajadas equivalen a cuarenta y cinco minutos de aeró.bic, ja, ja, ja!

Mari Paz. - ¡Ay Margarita, lo que tú sabes, ja, ja!, ¡y te querías suicidar, ja, ja, porque creen que estás loca, ja, ja, ja! ¡y nosotras igual, ja, ja! ¡Ay, me meo, me meo, ja, ja!

Margarita. - ¡Y encima esto, ja, ja, ja, tiene la ven.taja de que no perjudica al corazón ni a las articulaciones, ja, ja, ja!

Mariví. - ¡Ay, lo del colesterol, ja, ja cuenta lo del colesterol, Mari Paz, ja, ja, ja!

Mari Paz. - ¡Ay sí, mi Paco, ja, ja, ja, que se murió viendo la tele! ¡Lo mató el colesterol, ja, ja, ja! ¡Demasiada grasa, ja, ja, ja!

Mariví. - ¡La vida es una mierda, si no fuera por el mar, ja, ja!

Mari Paz. - ¡Manos de cerdo, chorizo..., ja, ja! ¡Comía cosas muy fuertes, ja, ja, ja...! Mi Paco, digo, ¡mi Paquito!

Margarita. - ¡Ay, qué bueno, ja, ja, ja!, ¡ahora me meo más, ja, ja!

Mari Paz. - ¡...Y se jubiló y en menos de un año adiós, ja, ja, ja!

Margarita. - ¡Ay, ja, ja, ja, que no puedo, ja, ja! Mariví. - ¡Ja, ja, ja, viendo la tele, ja, ja! ¿Por qué lloras, ja, ja?

Mari Paz. - No sé, será de risa, ja, ja. ¿Y tú?

Mariví. - ¿Yo? Ay, ja, ja, qué raro es todo. Y tú, Margarita, ¿lloras de risa o ríes de pena, ja, ja, ja?

*Pausa. Las tres lloran amargamente por más que traten de disimular. Entre el torrente de lágrimas, la risa se ha esfumado ya.*

Margarita. - ¡Ay no sé, no sé! (Se incorpora consternada agarrada a sus muletas.) Voy a mear... o algo.

Mari Paz. - ¿Tenéis pañuelos? Mariví. - Toma, un rollo de cocina, qué berrinche más tonto.

Margarita. - ¡Eh, eh, mirad, mirad! (Tira las muletas y se queda colgada mirando al vacío.) ¡Es increíble!

Mari Paz. - ¿Qué haces?, ¡te la vas a pegar!

Margarita. - (Camina sin muletas en pleno colocón.) La mente se aleja del cuerpo y la muleta anda sola...

Mariví. - Agárrate, que vas a caer.

Margarita. - Poco a poco... (Se suelta cada vez más.) Poco a poco.

*Las otras dos, enjugándose las lágrimas, aplauden emocionadas.*

Mari Paz. - ¡Oh, milagro! ¿Será Santa Rita?

Mariví. - ¡Va a ser “la perica”, como dice mi yerno!

Mari Paz. - ¿Quién, el coñac? Oye, vida, ¿qué tal vas?

Margarita. - (Eufórica.) ¡Genial, ja, ja! ¡Genial! (Se abalanza sobre su álbum y lo rompe con fuerza lanzando las esquelas por el aire.) ¡La vida es bella, hay que luchar!

Mari Paz. - (Cuchichea.) ¿Cómo decías que se llamaba esto?

Mariví. - Bipolar, trastorno bipolar.

Mari Paz. - ¿Seguro que estás bien, vida?

Margarita. - (Desatada, fuera de sí.) ¡Genial, genial! ¡Esto son viajes y no los del Inerso!

Mari Paz. - Mariví, ¿me pones a mí más rayas de bipolar?

*Mariví se troncha de risa. Y saca la tarjeta dorada para seguir repartiendo el “material”.*

Siete

*Puerta de entrada de una sala de fiestas para la tercera edad. Las tres septuagenarias, vestidas con una ropa muy estrafalaria, salen del local y en mitad de una esquina se ponen a cuchichear.*

Mariví. - ¡Uf, qué dolor de cabeza! (Quitando sus gafas de sol.) ¿Qué, cómo ha ido?, ¿qué dicen las fuerzas aliadas?

Mari Paz. - (Ídem.) Ni aliados, ni ná. Aquí la gente no sabe que estamos en guerra, sólo quieren cha - cha - chá.

Margarita. - (Ídem.) Y esto del camuflaje me parece una exageración, de verdad.

Mariví. - ¿No has interceptado ningún mensaje ofensivo?

Margarita. - Sí, un cafre me llamó gordita, pero sin sonotone (Señala el aparato “de pega” que lleva en su oreja.) me lo habría llamado igual.

Mariví. - No, camarada. Con esa arma el enemigo se relaja porque cree que estás sorda como una tapia. Y entonces tú sabes qué piensan y entras en acción.

Mari Paz. - Yo donde entré fue en los lavabos. Había una viejecita abrazada al ambientador y con dos ramitos de mimosas.

Mariví. - ¿Qué dices?, ¿todavía estás borracha?

Mari Paz. - No, el médico le había recomendado que el resto de sus días los pasara en un ambiente sano y poco contaminado y...

Mariví. - ¿En serio?

Mari Paz. - Sí, sí. Y entonces ella... se vino al “desguace” y...

Mariví. - ¿Lo veis?, ¡la gente anda fatal! Hay que liberar a nuestros coetáneos antes de que...

*Se oye una sirena de policía.*

Margarita. - ¿Oís?

Mariví y Mari Paz. - ¿Qué?

*Nueva ráfaga.*

Margarita. - ¡Nos van a atrapar! ¿No los oís?

Mari Paz. - ¡Ay, calla, mujer, déjanos disfrutar!

Mariví. - Os recuerdo que no hemos venido aquí a eso. Se trataba de contactar con las fuerzas aliadas para ir todos juntos ¡a la lucha final!

Mari Paz. - ¿Al mar?, ¿vienen todos con nosotras al mar?

Margarita. - ¿Pero qué aliados?, ¡ni aliados ni ná!

Mari Paz. - Lo mismo que en el centro comercial. Nos toman por locas. La gente es inverosímil, ¿verdad? Bueno, y yo, como no tengo personali...

Mariví. - ¡Silencio, por favor! (Otra sirena lejana. Pausa.) ¿Qué tal el cuerpo a cuerpo?

Mari Paz. - ¡Ay, vida, dicho así...!

Margarita. - Ellos están despistados, Mariví. Es como si la jubilación les hubiera trastornado, no sé.

Mariví. - ¿Pero todos?

Margarita. - Bueno, uno se me acercó y empezó a hablarme del aislamiento de las mujeres de nuestra edad. Mariví. - Ajá. ¿Y de qué más? Margarita. - Del desconcierto, y del vacío vital...

Mariví. - ¿En serio? ¿Y tú...?

Margarita. - ¿Yo qué?

Mari Paz. - ¿Qué le dijiste, mujer?

Margarita. - (Recrea.) ¿Vacío vital?, ¡tú lo que quieres es follar!

Mari Paz. - ¡Así se habla, Margarita!

Mariví. - Pero bueno, sois un desastre. Así no hay manera de establecer lazos con otras víctimas de...

Mari Paz. - Bueno, yo lazos sí que...

Mariví. - ¿Qué?

Mari Paz. - A mí me enganchó un tipo que tiene un diente y medio.

Mariví. - Ajá.

Mari Paz. - Sí, no sé. Pepe, ochenta y tres años, le faltan dos dedos. Se despierta por las mañanas y dice: ¡qué sorpresa, sigo vivo! Luego, sale a pa.sear.

Mariví. - Ajá. ¿Y qué más?

Mari Paz. - Nada, hemos quedado para otro día.

Mariví. - Mañana será tarde, camarada.

Mari Paz. - Ya, pero casi me echa el diente y medio... me dio, me dio... grima.

Mariví. - ¿Y de negocios? (Silencio.) ¿Habéis vendido algo de “azúcar”?

Margarita. - Yo nada. Se lo expliqué a cuatro pensionistas, pero cuando les dije que era para meter la nariz...

Mariví. - ¿Y el de la puerta?, ¿no estabas negociando con el chaval de la puerta?

Margarita. - Acabamos fatal. ¡Me llamó camella y mira, si no me llega a sujetar Mari Paz...!

Mariví. - ¡Pues vaya ruina!, ¡habríamos hecho más negocio vendiendo pastillas antirreumáticas!

Margarita. - ¡Desde luego, tal y como va la Seguridad Social...!

Mari Paz. - Es que a estas edades se desconoce el bipolar.

Mariví. - “La perica”, Mari Paz.

Mari Paz. - Más a mi favor, ¿quién va a pagar para meterse un ave por la napa?

Mariví. - Pues hay que insistir. En pocos días, al mar. Mari Paz. - ¡Ay sí, todo sea por el mar! El mar, la mar, el mar...

Mariví. - Calla. Hay que seguir con el plan. ¡Ta - ta.rí - ta - riiii!

*Suena otra sirena.*

Margarita. - Lo que tú digas, ¡pero vámonos ya!

Mariví. - A la orden, mi teniente.

Margarita. - ¿Qué?

Mariví. - ¡¡¡A la orden mi...!!!

Margarita. - Eh, eh, ¡de teniente, nada!, que oigo perfectamente. (Quitando el sonotone.) ¡Esto es sólo para despistar! (Salen.)

Ocho

*Sala de estar. Cada vez hay menos muebles, objetos decorativos y menaje del hogar. Mariví cuenta el*

*dinero mientras Margarita mira fijamente a Mari Paz quien, obsesionada con su hija, le habla con voz camuflada desde el celular.*

Mari Paz. - ¿Aló? (Imitando a “El Padrino”). Mire, llamaba para amenazar... ¿Qué? Oiga, le digo que estoy a punto de cortarle un dedo a su mamá. ¿Qué, que le da igual? (Con su voz.) ¡¡¡Zorra, has salido a tu padre!!! ¡No me vais a internar! (Pausa.) Ha colgado.

Margarita. - Hija, se habrá aturdido, pareces un ventrílocuo. Ya tenemos bastante dinero, no necesitamos el rescate.

Mari Paz. - Si no es por el dinero, coño, yo a lo que voy es al detalle. Que a esta juventud le da todo igual, Margarita, que ya no hay decencia ni dignidad. Mis hijos...

Margarita. - Bueno, al menos tú puedes hablar con ellos porque los míos... (Medita.) ¿Sabes una cosa? Que, aunque ya dudo de que me echen de menos, me sigue angustiando saber si mis nietos llevan la ropa limpia, si comerán bien y...

Mariví. - ¡Ay pobrecitas mías! (Condescendiente.) No tenéis remedio... Esta guerra es un mal necesario y por eso... (Pausa.) Chisst, ¿no oís ningún ruido?

Margarita. - Sí, alguien se acerca a la puerta...

Mari Paz. - ¡Ay qué miedo!

Mariví. - Calma, compañeras. ¡Alerta el sistema de seguridad!

Mari Paz. - ¡Ay Santa Rita...!

Mariví. - ¡Chisst, apaga esa luz! ¡Cada una a su puesto!

*Se esconden en difentes partes del cuarto. Una llave suena en la cerradura.*

Mari Paz. - ¡Ay Virgen! Yo me entrego...

Mariví. - Chisst, atrás. Preparadas para la emer.gencia.

*Un tipo entra en el salón, da la luz. Abre los ojos como platos al descubrir la casa semivacia. De pronto, llega hasta sus pies un cochecito teledirigido. El tipo, alucinado, se agacha hacia el juguete. En ese momento estallan en su cara los petardos que hay en el interior.*

*Se queda aturdido con la cara entre las manos. Salen las tres septuagenarias con sendas sartenes y a base de golpes en la cabeza lo dejan inconsciente.*

Mariví. - ¡Lo sabía, el coche - bomba no suele fallar!

Margarita. - ¡Hay que ver los petardos de tu nieto, ahí dentro tiene un arsenal...!

Mari Paz. - ¡Chisst, no habléis alto, a ver si se va a despertar!

Mariví. - Que se fastidie, por perro. ¡Caramba, cómo ha crecido en estos tres años...!

Mari Paz. - ¡Sí, qué alto y qué fuerte es tu yerno, hija! ¿Le habremos dañado el cerebro con la sartén?

Mariví. - ¿El cerebro?, no creo, como no le hayas dado en los güevos...

Margarita. - ¿A quién se le ocurre adelantar el regreso de vacaciones?

Mariví. - Bueno, vamos a darle vuelta de una vez. ¿Listas? ¡A la una, a las dos y a las...!Todas. - ¡Treees!



*Entre todas le giran para verle la cara. Pausa.*

Mariví. - Coño, pero si éste no es... no es...

Mari Paz. - Pero si éste es... es...

Margarita. - ¿Quién es?, ¿quién no es?

*Mariví y Mari Paz hablan a la vez. No se les entiende nada. Pausa.*

Mariví. - Que no es mi cuñado, será un vecino, digo yo.

Mari Paz. - ¿Un vecino?, ¡pero si es Franki!

Margarita. - ¿Quién?, ¿Franki, qué Franki?

Mariví. - Ah, Franki, sí, tienes razón, ¡el monitor de aeróbic! Es amigo de mi yerno, ¿pero qué coño hará aquí?

Mari Paz. - Habrá venido a regarle las plantas. (La miran.) Digo yo.

Margarita. - ¡Ay, las plantas! (Para sí.) ¿Qué será de las mías?

Mariví. - Caray, no lo había reconocido.

Mari Paz. - Claro, hija, sin culote... (Fascinada.) ¡Qué guapo es!

Mariví. - Uf, ¡Quién lo iba a esperar!

Mari Paz. - Ya, fijate. (Pesarosa.) Si me llevo a entregar...

Margarita. - Bueno, habrá que despertarlo...

Mariví. - Ni se te ocurra. ¿Para qué?

Margarita. - Para que cante, ¿no?

Mari Paz. - (Arrobada.) Mejor que baile, que... (Pau.sa.) Perdón.

Mariví. - Lo que hay que hacer es amarrarle. Aún no sabemos sus intenciones y no podemos bajar la guardia. Rápido, buscad cuerdas. Ten, corta éstas del tendal. ¡Será nuestro prisionero de guerra!

Mari Paz. - ¡Ay, me encanta!

Mariví. - Ah, y otra cosa vital: ¡no debe vernos la cara!

Mari Paz. - ¡Ay madre!

Mariví. - Podría identificarnos, ¿entendéis?

Margarita. - Ya, ya, ¿pero de dónde sacamos...?

Mariví. - Tú, mira entre los juguetes del niño.

Margarita. - Ya he mirado, no hay nada. Como no nos pongamos las gafas de sol y un mandil de pañoleta...

Mariví. - Éste se está moviendo, ¿qué hacemos?

Mari Paz. - Rápido, rápido, poneos esto, estaba en la mesilla de noche. (Ríe.) Ay, hija, ¡tu familia... qué cachondos!

*Reparte rauda y veloz el último grito de sex - shop: un luminoso antifaz con un pene de goma en la cabeza. Las otras, alucinadas, se lo encasquetan a toda velocidad, luego atan al prisionero con la*

*cuerda del tendal y lo amordazan.*

Mariví. - (Susurra.) ¿Qué coño es esto?

Margarita. - ¡Ay, no sé, será de una despedida de soltera...! (La miran.) Digo yo.

Mariví. - Esto no es serio, Mari Paz.

Margarita. - ¡Ay, hija, son pirulas, qué más da! Ahora se llevan mucho...

Mariví. - (Puñetera.) Siempre se han llevado.

Margarita. - ...Para decorar. Quiero decir, para decorar.

Mari Paz. - ¡Chisst, silencio, que se va a despertar! (Robótica.) Ho - la - ene - mi - go, ¿por - qué - tú - entrar - a - a - quí?

Mariví. - ¿Qué le pasa a esta?, ¿por qué le habla así?

Mari Paz. - ¡Ay, no sé, habrá que asustarle... o algo!

Margarita. - ¡Ah! Tiene razón, que se intimide un poquito, ¿no?

Mariví. - Está bien. ¡Dejadme a mí!

Margarita. - Ya vuelve, ya vuelve en sí...

*Mariví apaga la luz. La imagen de las tres septuagenarias de rodillas frente a Franki es como una especie de velatorio espectral. Ah, un detalle: los penes de goma se encienden y se apagan en la oscuridad.*

Mariví. - (Con repentina voz de ultratumba.) ¡¡¡Fraaaanki, Fraaaanki, has sido muy malooooooooo!!!

*Los ojos del tipo amordazado se abren cada vez más.*

Mari Paz. - (Sotto voce.) Meca, yo me cago de miedo...

Margarita. - ¡Chissst, ella sabrá...!

Mariví. - ¡¡¡Fraaaanki, no estás en el cieloooooo!!!

*Les hace un gesto a las otras para que participen.*

Margarita. - (Siguiéndole el juego.) ¡Noooo, esto... esto es... es el purgatorioooooo!

Mari Paz. - (Ídem.) ¡Esooo, esooo! ¿Tieneees purgacionees?

*Irremediabilmente, los penes tiemblan de la risa. El hombre, inmóvil y sin poder hablar, no sabe si reirse o llorar.*

Mariví. - ¡Te vamooos a torturaaar!, ¡te vamos a daaar tu medicinaaaaa!

Margarita. - (Susurro.) ¿De qué coño habla?, no entiendo nada.

Mariví. - ¡Aquiiii estaaa! (Le muestra un CD.) ¡Múuuusica daancee!, ¡nos vaamos a veengar!

Margarita. - (Masculla.) ¡Ay madre!, ¿se lo va a meter por el culo?

*Mariví se aleja con el compact disc. En unos segundos empieza a sonar "I Will Survive".*

Mari Paz. - Anda, menos mal que no empeñamos la cadena musical...

Mariví. - ¡Vamos, chicas, tres, dos, uno y... arriba y... abajoo!

Ante el estupor de Franki, las abuelas se ponen a bailar aeróbic con sus penes intermitentes en la cabeza. Él trata de zafarse pero no lo logra, tampoco puede pronunciar palabra. Ellas, se contonean insinuantes y conscientes de su superioridad.

Mari Paz. - ¿Qué?, ¡monitor!, ¿debemos mejorar la técnica?

Margarita. - (La más torpe.) ¡Uf, qué bien lo ha.céis!

Mariví. - Ya ves, desde los ochenta llevo, hija, desde el boom, quería ser Jane Fonda. Pero ella, ella...

(Mirando a Mari Paz con una mezcla de deseo y admiración.) Ella es ¡la mejor!

Mari Paz. - Gracias. (Coquetea, creída.) ¡Ah cómo me halaga!, pero prefiero que hable el monitor. (Se acerca a Franki en plan loba.) ¿Qué?, ¿no dices nada? (Ojeando su entrepierna.) ¿Estás pinocho, eh?, ¿qué puntuación me das?

*Le baja con mimo la mordaza y Franki, que lle.va un buen rato siguiendo el show con una mueca de espanto, rompe a gritar. Es un grito seco y preciso de terror. O sea, técnicamente: ¡Nooooooooooooooooooooo! Luego, silencio y oscuro total.*

Nueve

*Habitación matrimonial. Mari Paz y Mariví comparten cama y conversación.*

Mari Paz. - No deberías haberle dado tan fuerte.

Mariví. - Bah, él se lo buscó.

Mari Paz. - Ya, pero has vuelto a dejarlo inconsciente. Tienes la mano muy larga, Mariví.

Mariví. - (Por lo bajini.) Si yo te contara...

Mari Paz. - ¿Qué?

Mariví. - Nada. A ver qué tal le vigila Margarita, porque ésa también... Lo mismo le da la euforia y lo deja escapar. O se deprime, como siempre, y...

Mari Paz. - ¡Chisst, no seas mala! La pobre... Así, sin litio, no anda muy... Bueno, como las demás... ¡Ay madre, qué será de nosotras...! (Farfulla algo ininteligible.)

Mariví. - ¿Qué dices?

Mari Paz. - Rezo a Santa Rita.

Mariví. - Ah. (Le sonrío con ternura.) ¿Apago la luz?

Mari Paz continúa enfrascada en sus oraciones. Mariví apaga la luz. Larga pausa.

Mari Paz. - ¿Qué... qué haces?

Mariví. - No sé.

Mari Paz. - ¿No sabes?

Mariví. - Chisst, ¿no te gusta?

Mari Paz. - No... no creo.

Mariví. - ¿Te gusta?

Mari Paz. - Es raro.

Mariví. - ¿Pero te gusta o...?

Mari Paz. - (Atropellada.) Sí. No. No sé. (Enciende la luz.) ¿Qué buscas?

Mariví. - ¿Qué dices? (Con su mano quieta sobre el pecho de Mariví.) ¿Decías algo?

Mari Paz. - Oye, sigue... sigue si quieres, pero todo está bien.

Mariví. - ¿Todo?

Mari Paz. - Sí: corazón, estómago, riñones...

Mariví. - Has pasado demasiado tiempo en el hospital.

Mari Paz. - (Ingenua.) Demasiado. Y mira, ahora como de todo.

Mariví. - (Pícaro.) ¿De todo?

Mari Paz. - (Le aparta la mano.) ¿Quieres ver mis análisis?

Mariví. - Análisis.

Mari Paz. - Bueno, eso. ¿Quieres verlo?

Mariví. - No, no, de verdad. Prefiero que me hables.

Mari Paz. - ¿Qué... que te hable?

Mariví. - Sí. Dime algo de ti.

Mari Paz. - ¡Ay, Mariví, qué rara te veo, hija! ¿Te preparo una manzanilla?

Mariví. - Dime algo de ti, mujer.

Mari Paz. - ¿Pero de qué?

Mariví. - Un recuerdo, no sé.

Larga pausa.

Mari Paz. - Me operé de cataratas.

Mariví. - Ah. (Pausa.) Ya.

Mari Paz. - ¿Ya qué?, ¿ya te lo conté?

Mariví. - No, pero... ¿algo más personal?, ¿qué piensas hacer cuando estemos a solas frente al mar?

Mari Paz. - ¿Más personal? (Pausa.) Ah, ¡me rompí el fémur! ¿Se dice fémur, eh? Fue tremendo, estaba yo...

Mariví. - (Cortante.) ¡Mujer!

Mari Paz. - ¿Qué pasa?, ¿ya están ahí?, ¿otra sirena...?

Mariví. - Así no se puede.

Mari Paz. - ¿No se puede qué?

Mariví. - Chissst... Calla, calla, hay ruido en la co.cina.

Mari Paz. - ¡Ay Santa Rita, que ya vienen! (Pausa. La mano de Mariví vuelve a posarse en su pecho.)  
¿Qué haces?

*De pronto, entra Margarita superacelerada y al verlas de esa guisa se queda cortada.*

Margarita. - ¡Oye, oigo sirenas de policía por todo el...! ¿Qué... qué hacéis?

Mari Paz. - Un... un... un chequeo. Bueno, digo yo.

Margarita. - Te... te está metiendo mano.

Mariví. - Margarita, por favor...

Margarita. - Te está metiendo mano. Y tú, como no tienes personalidad, te dejas ¿verdad?

Mari Paz. - Yo, mayormente... (Liada.) T engo sueño.

Margarita. - Ya. Debí suponerlo. Tanta miradita durante el baile. ¿Qué le has dicho, que hemos vivido todos estos años reprimidas, que nos to.camamos muy poco y necesitamos probar cosas y tal...?

Mari Paz. - ¿A mí? Ay no, de eso no me ha comen.tado nada.

Mariví. - Te estás equivocando. ¡Deberías ir a vi.gilar!

Margarita. - Mariví, estás chiflada. Lo tuyo no es normal.

Mariví. - ¡Ja, mira quién habla...!

Mari Paz. - ¿Os preparo una manzanilla?

Margarita. - ¡¡¡Bruja, viciosa!!!

Mariví. - Celosa, ¡¡¡bipolar!!!

Mari Paz. - ¡Ay Virgen!, y el prisionero, ¿qué va a pensar?

*De repente, se oye un portazo monumental. Las tres se quedan en silencio sobrecogidas. Tras una leve pausa, Mariví saca una sartén debajo de la almohada y se la entrega a Margarita con aire castrense.*

Mariví. - ¡Tú estás de guardia, no salgas desarmada!

*Margarita sale de la habitación alzando la sartén en plan machete y al instante regresa abatida.*

Margarita. - ¡Mierda, se ha escapado!

Mariví. - Lo sabía, si estuvieras donde tienes que estar...

Margarita. - Ja, si lo hubiéramos atado como se debe atar...

Mari Paz. - ¡Por favor, no discutáis más!

Margarita. - Sí, hay que largarse, la policía estará al llegar. Cojamos el dinero y...

Mariví. - ¡Tomad! (Reparte guantes.)

Mari Paz. - ¿Nos da tiempo a fregar?

Margarita. - Que no, coño. Es para no dejar huellas. ¡Venga, venga, hay que salir pitando!

Mari Paz. - ¡Ta - ta - rí - ta - riii! ¡Ay Madre, qué vida de sobresaltos! ¿Y adónde vamos?, ¿nos separamos?

Margarita. - Yo sé un sitio.

Mariví. - ¿Cuál?

Margarita. - (Iluminada.) Allí no nos encontrarán.

*Mari Paz y Mariví se miran sin rechistar.*

Diez

*Las tres septuagenarias sobre tres bicicletas estáticas.*

Margarita. - Hidratos de carbono.

Mari Paz. - Ya lo sé, Margarita, ya me lo has dicho más veces. Pero, mira, en esta guerra hemos comido de eso, ¿verdad?

Mariví. - Claro, y de todo. Nos hemos sabido orga.nizar. Por eso estamos aquí, tan... radiantes.

Margarita. - ¡La tercera juventud!, me dice.

Mari Paz. - ¿Quién?

Margarita. - Mi amigo, el dueño del gimnasio. Y también dice que jubilada viene de júbilo, ja, ja, ja.

Mariví. - Qué gilipollez.

Mari Paz. - No lo he entendido. (Pausa.) ¿Cuánto queda para el mar?

Mariví. - ¿El mar?, unas cuantas calorías más.

Margarita. - Mira, si te concentras mientras pe.daleas lo puedes ver. ¿Lo ves, Mari Paz?

Mari Paz. - ¡Siiii! (Se le ilumina el rostro y rompe a llorar.) El médico me dijo que aprendiera a quererme, a cuidarme y a pasármelo bien.

Mariví. - ¿Por qué lloras, mujer?

Mari Paz. - Porque con vosotras me lo he pasado muy bien. Ahora, (Entre sollozos.) sois lo único que tengo y...

Margarita. - Venga, no te emociones, ya está, ya está.

Mari Paz. - ...Me habéis enseñado tanto... (Crecida.) A todo, a... haasta a... ¡a luchar contra la tiranía de algunos parientes y del sistema solar!

Mariví. - Social.

Mari Paz. - ¿Qué?

Mari Paz. - Del sistema social.

Mari Paz. - Bueno, eso. ¿Qué más da? Lo impor.tante es que está allí, ya lo veo, ya siento el ma.aar. (Inspira.) ¡Ahhhh! ¡El ruido de las olas al romper...!

Margarita. - ¿Las olas? No, ese rumor no es de olas.

*Se presiente un tumulto en la sala. Voces, carreras y ruido de megafonía.*

Mariví. - No, no son olas. Es la policía.

Mari Paz. - ¡Ostras, es verdad! (Les saluda con la mano.) ¡Mira, y el tío de la foto, ahí atrás!

Mariví. - Sí, eh, eh, es mi yerno que viene con los de uniforme. ¿Y esos del fondo?

Off. - ¡Quietos, no os acerquéis!

Margarita. - (Emocionada.) ¡Mis hijos, por fin!, ¡me quieren tanto como yo a ellos! (Saluda.) ¡Aquí, aquí, estamos yendo al mar!, qué ganas tenía de veros...

Off. - ¡Atención, están rodeadas!

Mariví. - ¿Rodeadas?, ¿nosotras?

Mari Paz. - Mira, como en las películas... Ahora llegará mi hija y me contará los dedos de los pies y me dirá que no ha pegado ojo pensando en mi secuestro...

*Las tres abuelas pedalean complacidas como si la escena fuera una ensoñación.*

Off. - ¡Quietas, bajen de la bicicleta con las manos en alto!

Mariví. - Adelante, chicas, no hagáis caso, piensan que estamos locas pero los locos son ellos ¡el mar ya está ahí! Ta - ta - riiiií, ta - riiiií.

Margarita. - ¿Y mis plantas?, ¿y mis nietos?, debo darles la propina. ¡Ta - ta - riiiií!

Mari Paz. - ¡Aquí está, Margarita! (Abre un sobre y arroja dinero al aire.) ¡Yuju, ahora tenemos dinero de verdad, para todos, para dar y tomar!

Off. - ¡Quedan ustedes detenidas!

Margarita. - ¡Ja, ja, ja! Ni caso, chicas, el entrenamiento aeróbico es lo mejor para el corazón.

¡Ta - ta - riiiií!

Mari Paz. - ¡Ay Margarita, con lo que tú sabes...! ¡Gracias por liberarme, por darme fantasía, por traerme al mar...!

Off. - Se les acusa de: fuga de un centro geriátrico de salud mental...

*Las abuelas aplauden enloquecidas y pedalean a más velocidad.*

Mariví. - Preparadas, listas y... ¡Cinco...!

Off. - ¡...Escándalo público...!

Mari Paz. - ¡Cuatro...!

Off. - ¡...Allanamiento de morada...!

Margarita. - ¡Tres...!

Mariví. - ¡...Robo...!

Mari Paz. - ¡Dos...!

Off. - ¡...Tráfico de drogas...!

Margarita. - ¡Uno y...!

Off. - ¡...Y secuestro!

Las tres. - ¡Chao, familia! ¡Ta - ta - riiiií, ta - riiiií!

*Tres palanquitas se accionan mágicamente y de tres míticas pedaladas, las abuelas salen en bici por la ventana.*

*Una posible resolución escénica para el final sería la proyección de cada una de las actrices (rigurosamente de la edad del personaje) volando en bicicleta —según el plano de “E.T.” a golpe de pedal hacia la luna—, y dejando traslucir en la pantalla el punto de humor imprescindible para llegar a protagonizar, con coña, vigor y autoironía, este delirio otoñal.*

TELÓN